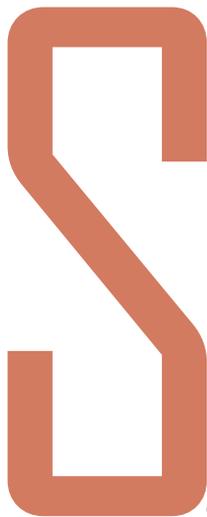




¿Por qué baja el Coefi- ciente Intelec- tual?

AURORA HERRÁIZ



Según un análisis que el autor y profesor suizo Christophe Clavé realizó en su libro «Les Voies de la Stratégie» (Los caminos de la estrategia) el coeficiente intelectual de la población mundial, que hasta los años 9 del siglo XX había crecido siempre, ha ido decreciendo notoriamente en los últimos 20 años.

Diversos estudios realizados en Dinamarca, Reino Unido, Francia, Holanda o Finlandia encontraron en los últimos años que los puntajes de coeficiente de inteligencia (IQ, por sus siglas en inglés) en las poblaciones analizadas habían disminuido considerablemente en comparación con generaciones anteriores.

Un reciente estudio realizado por el Centro de Investigación Económica Ragnar Frisch en Noruega no encontró resultados muy diferentes. De acuerdo con la investigación, publicada en *Proceedings of the National Academy of Sciences*, la revista de la Academia de Ciencias de Estados Unidos, la media de los noruegos nacidos después de 1975 experimentan una disminución en su IQ con respecto a los nacidos antes de esa fecha.

La pesquisa sugiere que son factores ambientales (y no genéticos) los que están detrás de esto y que pueden ir desde los cambios en el sistema educativo, en la nutrición hasta el hecho de que ahora leemos menos o a que pasamos más tiempo en línea.

“Uno de los principales resultados del estudio es precisamente ese, que sugiere que la variación no está relacionada con el componente familiar como habían considerado investigaciones anteriores”, explica a BBC Mundo la neuropsicóloga Katherine Possin, profesora del Centro de Memoria y Envejecimiento de la Universidad de California en San Francisco. Pero ¿significa esto realmente que los nuevos tiempos y las tecnologías han limitado las capacidades de nuestra mente?

De acuerdo con Possin, lo primero que debemos tener en cuenta para entender las implicaciones de esta investigación es cómo sus autores midieron la inteligencia y qué tipo de inteligencia estaban estudiando. “Vemos que se basaron en los test de IQ, que incluyen pruebas de aritmética, vocabulario y razonamiento visual. Y en los resultados, hallaron que hubo un decrecimiento en estas capacidades, lo que podría indicar que la inteligencia está declinando”, explica la experta. Sin embargo, considera, detrás de esto puede haber otros motivos.

“En mi criterio, lo que sucede es que en los últimos tiempos ha cambiado la forma en la que la gente aprende y trabaja”, señala. “Vivimos en sociedades donde ya la inteligencia no está basada en la memorización o en los aspectos matemáticos o de vocabulario que miden los tests tradicionales, sino más bien que se vincula más con los recursos que se pueden encontrar de manera creciente en el mundo digital”, añade.

Al decir de Possin, esto no significa necesariamente que la inteligencia esté declinando, sino que muestra que la forma en la que aprendemos y razonamos cambió en los últimos años. “Lo que sucede es que las herramientas con las que medimos la inteligencia no se han adaptado para medir esos cambios”, opina. Entonces, ¿los tests de IQ tradicionales ya no son efectivos? De acuerdo con la especialista, los tests de coeficiente intelectual fueron creados como una forma práctica y rápida de medir habilidades cognitivas de una persona. No obstante, comenta, una de sus principales limitaciones siempre fue cómo el resultado puede estar influido por el propio contenido del test.

Los estudios realizados hasta ahora sobre la caída del coeficiente intelectual se han realizado en sociedad con alto nivel de desarrollo, principalmente europeas. Pero ¿son estos tests aplicables a todos los contextos?, ¿qué pasa en el resto del mundo donde el acceso a las nuevas tecnologías es más

limitado? ¿Son extensibles estos resultados a ellos? “Lo que está pasando en este sentido en países en vías de desarrollo es una pregunta que no se puede responder, porque no tenemos estudios suficientes que den cuenta de esta situación”, señala la profesora de la Universidad de California.

“Necesitamos investigaciones más diversas que den cuenta de lo que sucede allí y también incluyan a mujeres dentro de la muestra”, añade. La experta considera que solo así se podrá continuar avanzando a la gran pregunta que se hacen los psicólogos desde hace más de cien años y que todavía está por definir. ¿Qué es, en realidad, la inteligencia? “Yo diría que es una práctica multifactorial que representa tu habilidad mental para sobrevivir en la sociedad. De ahí que sea realmente muy complicado medirla con un test de IQ”, concluye.

Estos estudios coinciden con el llamado «efecto Flynn», que había señalado este aumento sustancial y sostenido de las puntuaciones de los tests de inteligencia, y que ahora se contrasta con un efecto inverso, es decir, un descenso de las puntuaciones del CI (Coeficiente Intelectual) que viene sucediendo desde 1990, fundamentalmente en los países europeos.

Parece que las causas se encuentran principalmente en el empobrecimiento del lenguaje: «no sólo se trata de la reducción del vocabulario utilizado, sino también de las sutilezas lingüísticas que permiten elaborar y formular un pensamiento complejo». El uso simple del lenguaje produce una irremediable pérdida del pensamiento complejo y por ende una reducción del coeficiente intelectual de las personas.

La desaparición gradual de los tiempos verbales (subjuntivo, imperfecto, formas compuestas del futuro, participio pasado), que provoca líneas de pensamiento casi siempre limitadas al presente, generan en el hablante la incapacidad de hacer proyecciones en el tiempo.

La eliminación de palabras, de mayúsculas o signos de puntuación, por considerarse «prácticas obsoletas», lastiman gravemente la precisión y riqueza de la expresión verbal. Cuantas menos palabras, menos pensamientos, con lo cual tampoco hay pensamiento crítico ni análisis. Igualmente, la reflexión y la solución de problemas quedan fuera de las facultades.

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua contiene 88 mil palabras. Sin embargo, los jóvenes utilizan frecuentemente unos 300 términos y, de ellos, al menos un 35 por ciento son groserías y emoticonos. Menos palabras y menos verbos conjugados implican menos capacidad para expresar las emociones y menos posibilidades de elaborar un pensamiento. Los estudios han demostrado que parte de la violencia en la esfera pública

y privada proviene directamente de la incapacidad de describir emociones a través de las palabras. Sin palabras para construir un razonamiento el pensamiento complejo se hace inviable. Cuanto más pobre es el lenguaje, más desaparece el pensamiento.

El socialista democrático George Orwell, en su conocido libro *1984*, al igual que Ray Bradbury en su premiada *Fahrenheit 451*, ha puesto de manifiesto cómo todos los regímenes totalitarios han obstaculizado siempre el pensamiento mediante una reducción del número y el sentido de las palabras.

Por su parte, la ONU ha calificado el impacto de la pandemia, en términos educativos, como una «catástrofe mundial», afirmando que, durante este periodo, 101 millones de niños y jóvenes cayeron a niveles inferiores al mínimo en lo que a comprensión lectora se refiere, anulando así los avances logrados en los últimos 29 años.

Solo basta con ver a algunos de los llamados “influencers” que pueden llegar a tener millones de seguidores en las redes sociales, y que con el mayor desparpajo dicen que jamás han leído un libro, pero que se sienten y se dicen bien informados y actualizados, al leer Wikipedia, o en ver algún corto reportaje en alguna plataforma de “streaming”.

En esta sociedad hiperconectada pero que aparentemente nos conduce a una gran pobreza intelectual colectiva, se nos anima, especialmente a padres y profesores, a hacer un importante y comprometido trabajo: Leer, leer y después... iseguir leyendo! Motivarnos a encontrar sinónimos o metáforas para expresarnos de forma diferente; evitar programas televisivos que empobrecen el vocabulario; promover visitas culturales: realizar juegos de palabras y vocabulario; leer la prensa al menos una vez a la semana; llevar a cabo conversaciones en familia que tengan un nivel intelectual elevada para promover la reflexión y el análisis; obligarnos a escribir las palabras completas cuando nos comunicamos por chat, email a redes sociales...

Como bien afirmó Ray Bradbury, en una de sus más célebres frases: «No tienes que quemar libros para destruir una cultura. Solo haz que la gente deje de leerlos».

Tomado de “Es Diari” de Menorca (sábado 4 de marzo de 2023)

